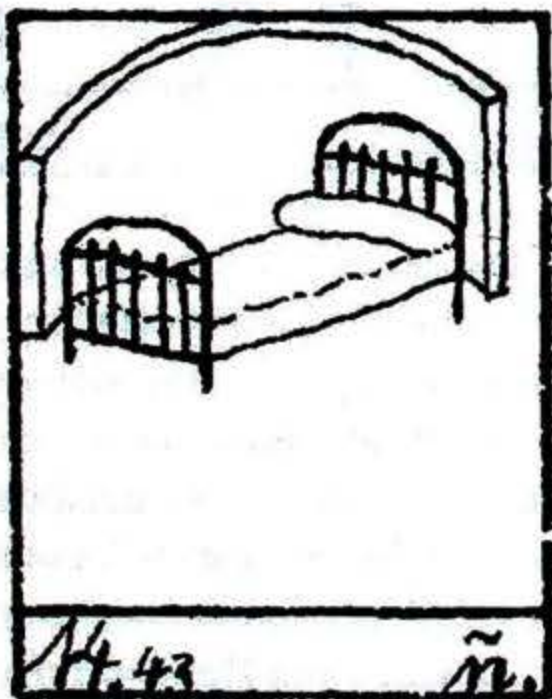


Pero existe otro contexto que examina a fondo Aguilera Peña, como es el relacionado con lo que podríamos llamar el marco contradictorio de la Regeneración, que genera resistencias en el seno de los sectores populares, y más exactamente de los artesanos. Para examinar las razones esenciales que originan la insurrección artesanal —la protesta urbana más importante de Colombia en el siglo XIX y la más significativa antes del 9 de abril—, el autor rastrea minuciosamente tanto las contradicciones de la Regeneración (de lo que se ocupa en el primer capítulo) como las cambiantes condiciones de Bogotá (a lo cual le dedica el segundo capítulo). Habiendo señalado las premisas de índole política general originadas por la implantación del orden moral de la Regeneración, así como de las modificaciones experimentadas por la ciudad de Bogotá, Aguilera emprende el estudio de la insurrección de 1893, para lo cual acude a una impresionante masa documental, tanto de archivo como de la prensa de la época, entre lo cual lo único que falta es la consulta del documento original del director de la policía nacional, el ciudadano francés J. M. Gilibert —escrito de su puño y letra—, en el que relata a sus jefes inmediatos en París el desenvolvimiento del motín y que nosotros tuvimos la oportunidad de consultar en los archivos diplomáticos del Ministerio des *Affaires Étrangères* y que en el momento oportuno publicaremos.



El tercer capítulo, el más largo y el central del libro, está dedicado al estudio de la “pueblada” de 1893. Para ello el autor realiza un análisis exhaustivo y minucioso de los móviles de la protesta, de los factores ideológicos y cul-

turales propios del mundo artesanal que incidieron en el desencadenamiento de la insurrección, de las formas de protesta, o lo que, en términos de Edward Thompson, se podría llamar la “economía moral de la multitud”, la composición social de los amotinados, etc. Resulta bien interesante la relación que el autor establece entre la ideología y las consignas que emergieron durante los sucesos de enero de 1893 con las repercusiones internacionales de algunas acciones anarquistas, especialmente del francés Ravachol, que en Colombia se difundían a través de la prensa y que fueron conocidas por grupos de artesanos. Por eso no es raro, tampoco, que hasta en las altas esferas del gobierno se hubiera manifestado la inquietud ante la influencia anarquista que aparentemente se había materializado en la insurrección de 1893. Este tercer capítulo constituye prácticamente un modelo para estudiar situaciones de protesta urbana, pues allí se relacionan analíticamente múltiples aspectos sociales, ideológicos, políticos y culturales que muestran la compleja trama de las acciones populares.

Con el mismo rigor, en el capítulo cuarto se analizan los intentos de conspiración contra el régimen regenerador que fueron urdidos en 1894, y en los cuales participaron activamente los artesanos en confluencia con un sector de liberales radicales. Sobresale en este capítulo el análisis de la ética del trabajo como uno de los fermentos de la conspiración, lo que estaba directamente relacionado con el impacto social del alto costo de la vida y con la miseria creciente que agobiaba a los artesanos de la capital. También es notable el análisis sobre la organización interna de las conspiraciones y las disposiciones militares, aspecto que se enlaza con el último capítulo, que está consagrada a la breve guerra civil de 1895, que constituye el cierre de ese temprano ciclo insurgente contra la Regeneración, en el que los sectores populares de la capital desempeñaron un papel protagónico.

En fin, este es un estudio pionero en la historiografía colombiana, por las puertas investigativas que abre, en la medida en que rompe con uno de los grandes mitos del siglo XIX —asumido en forma acrítica por la mayor parte

de los historiadores colombianos que se ocupan del tema— sobre la supuesta desaparición social y económica de los artesanos como resultado de la adopción del modelo librecambista y con la pretendida muerte del artesanado como sujeto activo de la historia tras la derrota de la dictadura del general Melo en 1854. Mario Aguilera, junto con el norteamericano David Sowell en un estudio más global consagrado a los artesanos de Bogotá, ha demostrado que la realidad fue muy distinta y que hasta bien entrado el siglo XX, lo que se refrendó con la masacre de artesanos de 1919 en Bogotá, éstos fueron un sector muy dinámico y activo en la vida de la capital del país y contribuyeron decisivamente al intento de erigir una sociedad más democrática que la moldeada por la Regeneración.

RENÁN VEGA CANTOR

- 1 Véase Carmen Escobar, *La revolución liberal y la protesta del artesanado*, Bogotá, Fondo Editorial Suramérica, 1990.
- 2 Francisco Gutiérrez Sanín, *Curso y discurso del movimiento plebeyo 1849-1854*, Santafé de Bogotá, IEPRI-El Áncora Editores, 1995.

Made in Oxford vs. Henao & Arrubla

Entre la legitimidad y la violencia.
Colombia 1875-1994

Marco Palacios

Editorial Norma, Colección Vitral,
Santafé de Bogotá, 1995, 386 págs.

Al igual que las antologías poéticas, los libros que tratan de recorrer todo un espectro histórico hasta llegar a nuestros días muestran por lo menos dos facetas totalmente distintas. El libro de Marco Palacios me ha recordado las antologías poéticas; desde luego, no por los temas ni por su tratamiento, sino porque, como las antologías poéticas, resulta muy claro y muy explicable todo al principio, y confusión y caos a medida que se acerca a la actualidad. Al igual que otros libros semejantes, se inicia en un pasado misterioso, que por

lo lejano se hace más accesible. A medida que va llegando a nuestros días, Palacios se va metiendo más y más en vericuetos económicos y resbalones explicativos. Comienza con historia y se va llenando de economía, sindicatos, datos estadísticos, ante la imposibilidad de explicar lo que tal vez resulte inexplicable para cualquiera. Me pregunto, para no ir más lejos, ¿cómo acercarse al papel que ha desempeñado el narcotráfico en los últimos veinte o treinta años? ¿Cómo medir lo clandestino? ¿Cómo acercarse a algo de lo que sabemos únicamente que es demasiado poderoso? ¿Mediante sus efectos palpables y mensurables? No lo creo posible. El narcotráfico, y eso no es secreto para nadie medianamente agudo, es una variable que convierte en peligrosa mentira cualquier cálculo económico, los efectos del gasto público, los controles sobre la inflación, las cifras de desempleo, etc. Por otra parte, ¿hasta qué punto nuestra historia actual estará soterradamente "fabricada" por la intervención, abierta o soterrada, de los Estados Unidos?

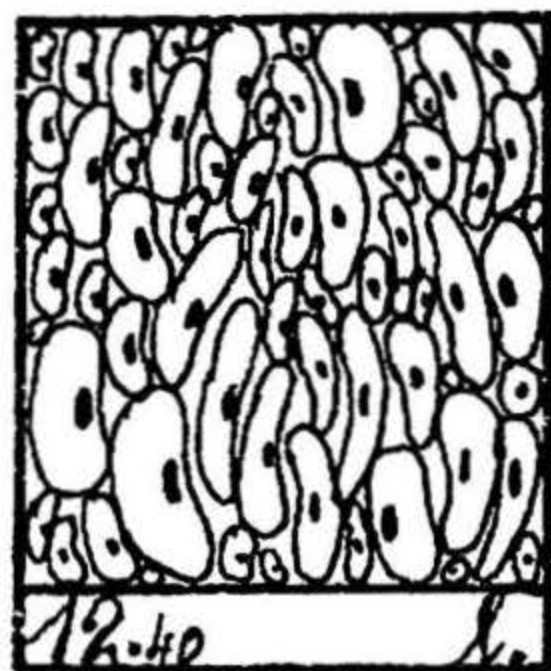
Eso no quiere decir que Palacios eluda el análisis ni que a este libro —*made in Oxford*— le falten calidades ni descubrimientos prodigiosos que arrojan un poco de luz en la oscuridad. Me parece que es un excelente libro, y que como tal será una referencia obligada por lo menos para los próximos cincuenta años.

Se trata de una segunda parte de otro, elaborado a cuatro manos junto con Frank Safford (*País fragmentado, pueblo dividido*), que lleva el recuento de la historia de lo que hoy llamamos Colombia, hasta el año 1875. ¿Por qué empezar con 1875? Porque aquel año marcaría el principio del fracaso de la revolución liberal en Colombia.

Ahora bien: el formato es ensayístico, más que histórico, cómodo expediente para huir del cientificismo (cosa que apoyo), al cual debemos una formidable bibliografía comentada al final, que acaso sea lo mejor de toda la obra.

Una cosa era Colombia cuando tres cuartas partes del país estaban enteramente deshabitadas. "Antes que nada" —comenta el autor—, Colombia era un país de campesinos independientes [...] la gente nacía, trabajaba y moría den-

tro de un radio geográfico de unos cuantos kilómetros cuadrados".



La historia sigue los dictados del poder. La historiografía liberal sigue pasándole la cuenta de cobro al conservatismo (a la hegemonía conservadora, más exactamente). Algún día sucederá lo contrario. Me parece que sería bueno leer más a menudo historia conservadora, porque parece que estuviera de moda atacar con sevicia al conservatismo, o por lo menos así resulta en los últimos libros que he leído. ¿Será coincidencia? No intento defender al partido conservador, pero el caso se me empieza a parecer a alguna fábula de La Fontaine en la cual el burro la emprende a coces contra la piel del león muerto para no tener que enfrentar al león vivo. Simplemente tengo que empezar a constatar que cincuenta años de hegemonía liberal han hecho su fiesta sobre los despojos de la hegemonía conservadora de cincuenta años atrás. Simplemente me aterra que si la historia la escriben los vencedores, dentro de cincuenta años el liberalismo será la bestia negra de los descendientes del narcotráfico y la corrupción. Simplemente me parece de una esterilidad pasmosa cebarse, por ejemplo, en Laureano Gómez o en Miguel Antonio Caro, estatuas derruidas, o culparlos por lo que ahora tenemos, cosa a la que, debo advertirlo, no condesciende este libro, aunque no deja de llamarlos "coalición impía", ni logra evitar de cuando en cuando hacerlos blanco de unos dardos de tinte político que se avienen mal con la tarea de un historiador, y que suenan revanchistas o personales. Véase, por ejemplo, la página 67 de esta edición; véase la acusación a Álvaro Gómez de padecer del síndrome de Estocolmo; véanse olvidos

imperdonables como la labor, en el campo económico, de financistas tan importantes como Esteban Jaramillo, aunque el autor debe reconocer un hecho consumado que tuvieron que capear los conservadores, y es que la política económica, a principios del siglo XX, tuvo que aceptar que los Estados Unidos eran la potencia hegemónica de las Américas, lo cual cuestionó y destruyó los nexos con la Gran Bretaña.

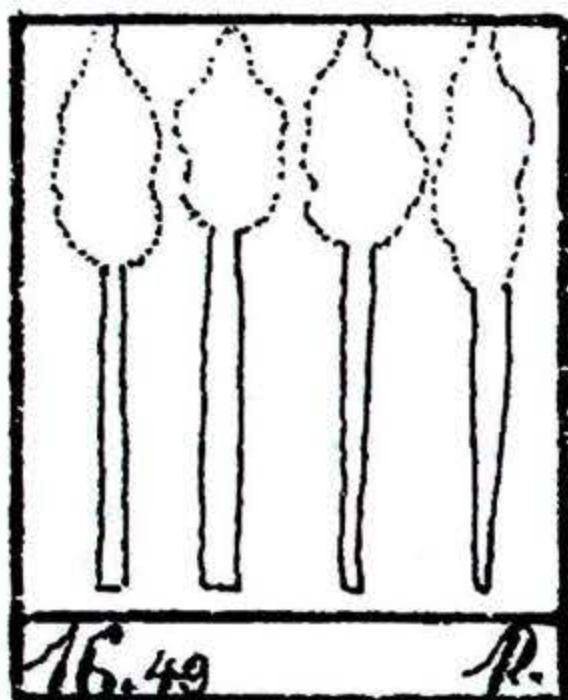
Por otra parte, el libro está repleto de enfoques y argumentaciones nuevos, estadísticas sugestivas, datos interesantes poco conocidos y, lo que es mejor, pertinentes. Si no de soluciones, por lo menos el libro es una descripción muy válida de síntomas y síntomas.

Palacios nos regala una crónica apasionante de cómo en Colombia el liberalismo ha absorbido socialismos y comunismos, tanto así que el comunismo se ha convertido en "la escuela política de muchos dirigentes liberales" (pág. 156); y sigue con esta perla de humor (¿involuntario?): "los jefes comunistas han durado más que cualquier arzobispo, gerente de Fedecafé o caudillo liberal o conservador".



El libro da, además, pasos importantes para desentrañar los orígenes de la violencia, aunque, como siempre, el problema se nos quede en una multiplicidad de factores nunca del todo convincentes. Palacios agrega documentos muy reveladores, como un memorial político que enviara Benjamín Herrera al presidente Pedro Nel Ospina, en el cual elaboraba una lista de 41 municipios en los cuales eran perseguidos y asesinados los liberales, que serían —coincidentalmente— los mismos municipios en los cuales se desató la sangrienta "violencia" de los años cin-

cuenta. Lo único que queda bien claro es que la cosa se sumerge en los tiempos bíblicos... Acaso se intenta una explicación, basada en la cartografía, del hecho de que en la costa atlántica la violencia fuera un fenómeno apenas marginal: un "espléndido aislamiento" del interior andino.



Hasta Henao y Arrubla se hacía una especie de historia militar salpicada con anécdotas del vivac. Palacios comprende la historia como un todo. No desdeña las batallas ni los triunfos militares, como trataron de hacerlo algunos de los apóstoles de la "nueva historia"; tampoco olvida los acontecimientos culturales ni la influencia que han tenido los libros literarios sobre el desarrollo de nuestra historia. Otorga una parte bastante importante a la influencia de la literatura sobre cada época; transita cómodamente por los "cuadros de costumbres", con sus "estereotipos antidemocráticos"; examina novelas como *Manuela* de Eugenio Díaz, *Olivos y aceitunos todos son unos* de Vergara y Vergara, o *Blas Gil* de Marroquín, así como atribuye su debida importancia a las ideas agitadas en *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset, de tanto vuelo en época de Gaitán. Señala el influjo de la televisión vía satélite o recuerda la época de los suicidios en el salto de Tequendama o se detiene a contar alguna anécdota de esas que retratan mejor (¡bendita sea la literatura!) que cualquier mapa estadístico. Nos cuenta, por ejemplo, cómo en un remoto pueblo de la Sierra Nevada de Santa Marta los habitantes consideraban conservadores a la Virgen, san Rafael y san Antonio, y liberales al Sagrado Corazón y a san Martín de Loba. Así, la historia se nos va volviendo anécdota.

Marco Palacios nos acerca a un país más real, que vive de telenovelas y reinados de belleza. Con agudeza y prosa espléndida, plantea las preguntas que se hicieron los médicos en cierta época: por ejemplo, si los palomares y caballerizas del cada día más exclusivo barrio de la Catedral estarían en el origen de los problemas de salud e higiene públicas. Destaca, por primera vez, que yo sepa, el papel de las madres en la educación del país entero, un dato que por lo trivial e inverificable en cifras ha sido dejado siempre de lado, cuando de él ha dependido el desarrollo o el atraso de toda una región. Me parece saludable que la cifra de bajo analfabetismo (una de las pocas que puede exhibir con algún orgullo la Colombia de hoy) sea achacable en gran medida a "la presión de las madres de los sectores populares" para dar educación a sus hijos.

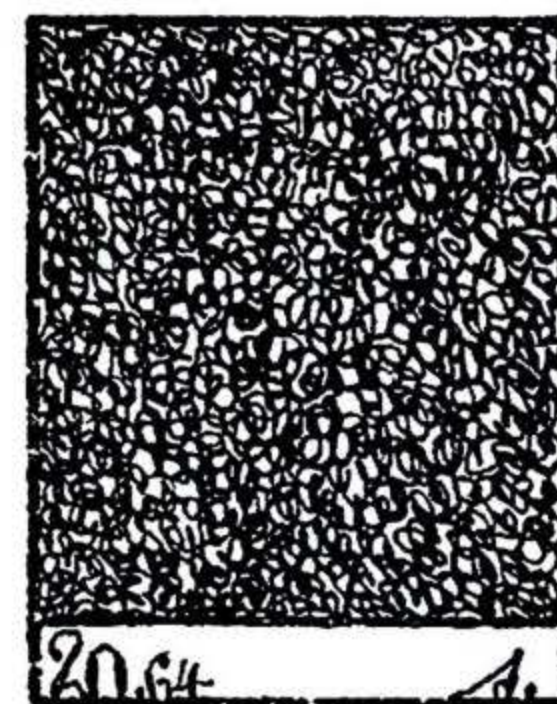
Palacios trata de ser escueto, y lo logra. El 9 de abril, por ejemplo, no ocupa más de una página. No obstante, prefiere añadir cosas que los más jóvenes no sabíamos, como ese período en el cual se reúnen las familias colombianas a escuchar las primeras radionovelas y los entonces emocionantes debates en el Congreso, o esa mínima y heroica labor de un párroco de Sutaenza, en Boyacá, que instaló un transmisor y distribuyó cinco mil radios para empezar a educar al pueblo. Y señala, a propósito de la educación, el drama, en términos económicos, del fenómeno de los cerebros fugados, con un escalofriante dato: cerca de la mitad de los médicos graduados en Colombia terminan ejerciendo en los Estados Unidos.

Estos y otros ejemplos hacen de este libro una lectura muy agradable. En Palacios hay un prosista ameno. Y en cualquier caso, ¡qué lejos estamos ya de Henao y Arrubla!

¿Conclusiones? El siglo XX fue el siglo del café; desde sus inicios, aunque seguramente el primer día del siglo pocos hubieran apostado en su favor, como bien hace notar el autor. Un desarrollo que ha sido guiado, más que por políticas propias, por la mano invisible de todo lo que pasa en Brasil.

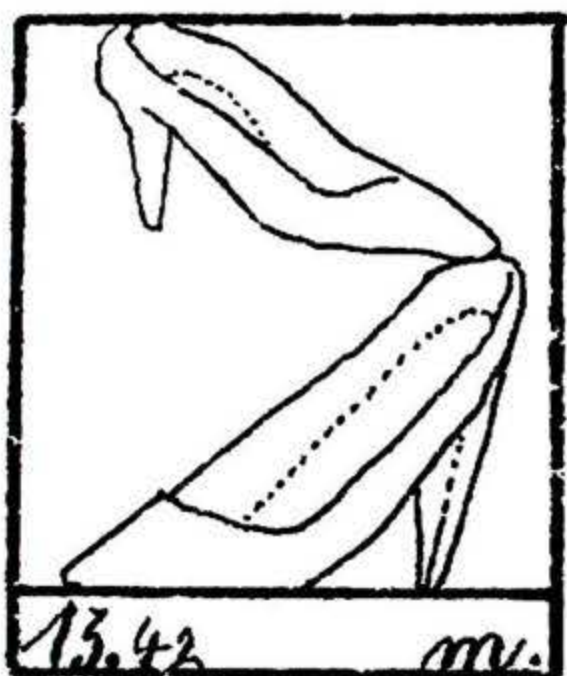
"El tránsito de la sociedad rural a la urbana es el cambio social por antonomasia de la segunda mitad del siglo XX

colombiano". Es la superpoblación urbana, "el milagro de la multiplicación de las manzanas" en las ciudades, como con gracia plantea el problema, acaso el más grande distintivo de los cambios en Colombia. Junto al paso imponente de la burocracia, que de cien mil empleados públicos en 1950 pasó a un millón (!) en 1990. Pero ante todo, y en eso no podemos equivocarnos, el país padece de una endémica denegación de justicia. La falta de justicia le hace advertir a Palacios, con algún humor, un hecho casi fantástico: el "número mágico de 4.000 sindicatos" por delitos, que nunca varía en la estadística. "Colombia se ajusta al principio según el cual mientras el poder judicial se mantiene en la etapa artesanal, la criminalidad avanza a la industrial". De ahí se pasa, por vía directa, al tema acuciante de los derechos humanos; para empezar por esos 33 centros de tortura denunciados en 1980 por Amnistía Internacional y el rasgamiento de vestiduras cada vez que una "conspiración internacional" quiere desprestigiar a las autoridades. "Poco consuelo —concluye tristemente el autor— ofrecen las cínicas excusas gubernamentales de que los guerrilleros son los principales transgresores".



Palacios entrega índices que dejan a Colombia como "incontrovertible campeón mundial de asesinatos". Me permito disentir. Ni en eso somos los primeros: en los últimos dos años nos han quitado el título en Ruanda y en Kenia, donde al parecer el genocidio ha pasado del millón de personas, con lo cual se acercan a los hitlerianos récords mundiales de los cuales estamos todavía lejos. Pero dejando a un lado el dudoso humor negro, lo cierto es que la actualidad está determinada una y otra

vez por la violencia, por la guerra, por las guerras subrepticias, por la hipócrita guerra a las drogas, "guerra perdida cuya premisa mayor es que la oferta crea la demanda" (me pregunto si será ésta otra cínica excusa que nos acostumbramos a manejar para consolarlos). Y el pato lo pagan los colombianos. El peor año fue, sin duda, 1989, para constatar que "la cultura de la violencia no sólo no desapareció, sino que se ramificaron sus manifestaciones".



Dice Palacios que en la Constituyente de 1991 campeó un ambiente de frivolidad posmoderna. Y se pregunta, para terminar, el papel que en el futuro desempeñarán los grupos económicos en las campañas electorales. La realidad, anticipándose a la profecía de Palacios, está empezando ya a mostrarlo, aunque aquí el autor resbala burdamente en los peligros de profetizar hacia atrás o de hacer historia de los últimos días. Nos quedamos estupefactos cuando de la campaña del 94 dice: "El certamen fue limpio en los procedimientos". Supongo que bastó que pasaran días después de la entrega de pruebas del libro para que el autor se arrepintiera de su afirmación. Esperemos que los descubrimientos futuros no sigan echando abajo los conceptos esbozados en este libro. Es lo que sucede, para terminar, en las páginas finales. Dice Palacios que "prevalece hoy un irritante consenso en las virtudes de la paz, la democracia y el progreso [...] irritante por lo retórico" (pág. 349). A renglón seguido agrega: "La tenacidad y talento de pintores y escritores, ciclistas, futbolistas y boxeadores, y su habilidad para insertarse exitosamente en la sofisticada maquinaria internacional que asigna el éxito y el prestigio, entre-

gan certidumbres necesarias y afianzan el sentido de que el país ya pertenece por derecho propio al mundo internacional". ¿Será posible ser más ingenuamente retórico? ¿Cree en realidad el historiador que cuando un patinador colombiano es campeón mundial o un boxeador logra superar su miseria, o Asprilla le mete un gol al hambre o a la ignorancia, las primeras páginas rebosan admiración sin límites y el mundo entero se inclina ante la gloria inmarcesible y las virtudes del país del Sagrado Corazón y decide emprender una cruzada para emular nuestros logros? El autor, impulsado seguramente por la culminación de su libro, embriagado ante la belleza de su obra terminada, se relaja y comete un error imperdonable en la última jugada. Prefiero creer que lo que piensa el autor está dicho en todo el resto de la obra.

Deseo constatar que autores y editores han desaprendido el arte de hacer buenos índices. En este libro el índice pertinente hubiera sido el índice temático, por desgracia del todo ausente.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Libertad temática y expresiva

La risa del cuervo

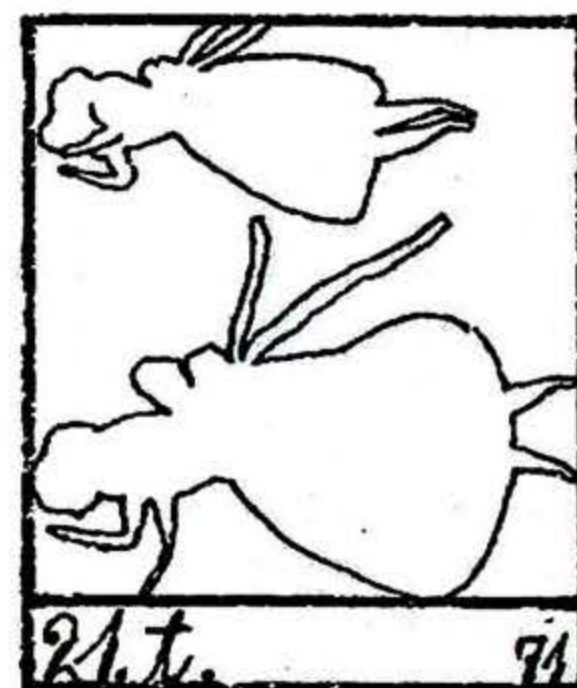
Álvaro Miranda

Thomas de Quincey Editores, Santafé de Bogotá, 1992, 174 págs.

Para Alberto Assa, in memóriam

Inicialmente poeta, como ha ocurrido con la tradición más respetable de los narradores colombianos de Isaacs a Gabriel García Márquez, pasando por Rivera, Mutis y Cepeda Samudio, Álvaro Miranda (n. 1945) pertenece a ese grupo poético —paradójicamente bautizado por el poeta español Jaime Ferrán como "Generación sin nombre"—, que incursionó, por los años 60, en el ámbito de la poesía colombiana, agobiado entonces en el anacronismo nadaísta.

Limitada para la invención, la producción de la "Generación sin nombre" —que, bien podría denominarse, pese al uruguayo uso del remoquete, "Generación crítica" e incluir a los narradores coetáneos—, se destaca mucho más en la reflexión que en la creación. Más que en el poema, los representantes más divulgados de este grupo —J. G. Cobo B., Darío Jaramillo A., H. Alvarado T. y M. M. Carranza—, alcanzan su mejor expresión en los ensayos. A éstos debemos, en gran parte, una nueva valoración (la actual) de la literatura colombiana. Sus poemas, por el contrario, textos al margen de otros textos (poesía mediada: poemas al propio poema, a los poetas —Breton, Borges, Pessoa, D. Thomas, E. Molina— a los pintores y a los cuadros), no parecen vivir independientemente de los textos comentados. Hoy por hoy, estos poetas se diluyen, como los beneméritos vates de antaño, entre la burocracia consular o cultural, las casas de poesía y las poderosas páginas semanales de los suplementos literarios.



A diferencia de sus compañeros, Álvaro Miranda, desde sus comienzos, supo encontrar un paisaje, una atmósfera, unos personajes, unas situaciones, un tema, una mirada, un lenguaje, una actitud un tanto socarrona, con reminiscencias de Villon, Rabelais y Lautréamont, en fin, un universo poético y un estilo que lo singularizan.

Su obra poética comprende ya tres libros. *Tropicomaquia* (1966), inédito, aunque integrado por poemas conocidos debido a su publicación en revistas y antologías, obra en que desde el título, alusivo a la épica burlesca, resalta la orientación narrativa de los textos. *Indiada* (1970), en el que intenta "re-